

# Fe de Erratas de la Obra de Cosío Villegas

Por LUIS CHAVEZ OROZCO

**L**A Historia Moderna de México —dice Cosío Villegas en su artículo aparecido en EX-salió ya de la etapa del proyecto y es una realidad. En abril se publicó un primer tomo de mil páginas y en este mes el segundo, de ochocientas. Son esas mil ochocientas páginas las que hay que criticar. ¡Exacto! En eso andamos, y andando en ello le hemos señalado ya a su autor algunos de los defectos de que adolece el primer tomo. En 4 de mayo de este año, pocos días después de que saliera a la venta, le demostramos que sus juicios sobre Porfirio Díaz son incongruentes, pues mientras en la página 70 afirma que ese personaje despreciaba profundamente la palabra, y la pluma, en la 119 hace aparecer a Díaz como creador de un estilo literario muy adecuado para las proclamas militares.

Como supusiéramos que tal testimonio pudiera parecer insuficiente para demostrar que Cosío Villegas era incongruente consigo mismo, agregamos algunos otros, como éste: en la página 71 afirma Cosío que Juárez era la única figura política, y en la 114 asegura, refiriéndose a don Porfirio, que se destacaba, por los mismos días, como el "nuevo sol naciente del firmamento político". Hicimos resaltar también la incongruencia mental de quien, por un lado, califica a Díaz como "un militarote" sin experien-

cia política (en 1867) y por otro exalta la personalidad política de ese militar (Pág. 68), enumerando las complicadas tareas culturales y sociales a que se entregó a lo largo de varios años como jefe del cuerpo de Ejército de Oriente; es decir, antes de 1867.

Hasta hoy, Cosío Villegas no se ha atrevido a negar la existencia ni a explicar estas patentes contradicciones y se ha concretado a revolverse contra mí, por habérselas señalado, y porque no he acertado, con suficiente claridad, a determinar si obedecen al método adoptado por él y sus colaboradores o a alguna deficiencia personal suya, como por ejemplo, escasez de talento, o exceso de arrogancia, ese feísimo defecto que también se llama narcisismo y que Cosío Villegas suele exhibir no sólo cuando escribe como historiador o como crítico, sino también cuando se hace tomar fotografías. El lector, seguramente, entenderá que no soy yo, sino él, quien debe decidir en esta cuestión acerca de su psicología personal, tanto más cuanto que, a medida que se desarrolla la polémica, crece mi perplejidad.

Yo, como crítico, me siento ciudadano libérrimo de la república de las letras; es decir, en el disfrute ilimitado del derecho de decir mi opinión, cuando estoy en condiciones de apoyarla con documentos o con opiniones ajenas, de personas autorizadas, o con la evidente carencia de lógica de mi contradictor. Creo que al hacer uso de ese derecho contribuyo al desarrollo de los estudios críticos, tan necesarios en toda sociedad culta y, sobre todo, para la defensa de la verdad histórica.

Para mí, y creo que también para todos los seres humanos que disfrutan de una mente sana, debe ser la congruencia la condición mínima para que un libro amerite ser publicado. Ahora bien, veamos cuáles son las opiniones que Cosío Villegas se forma, por un lado, de un hombre, y por otro, de un hecho económico; y si, al hacerlo, es congruente.

El hombre de que se trata es don Blas Balcárcel, secretario de Fomento durante la "República Restaurada" (1867-1876). De su obra afirma Cosío Villegas que alcanzó proporciones épicas, pues dice, textualmente (Vol. II, Pág. 574), que "alcanza proporciones de epopeya la apertura de los grandes caminos nacionales de la República Restaurada". Dejemos a un lado la falsedad en que se apoya este juicio dithirámbico, que después examinaremos por lo mucho que nos sirve para demostrar la escasez de noticias de quien lo emite, y procuremos exclusivamente contrastar esta empresa "épica", realizada por Balcárcel con la opinión que el mismo Cosío Villegas consigna en el prólogo (Pág. 29, del tomo II), sobre el mismísimo don Blas". De este "Hércules" de la política caminera, dice el autor que "en la medida en que los recursos lo permitieron, logró hacer una labor más que estimable". ¿Con cuál —pregunto yo, y seguramente se preguntará también el lector— con cuál de los dos juicios tan contradictorios sobre el secretario de Fomento nos hemos de quedar? ¿Es un ma-

diocre "más que estimable" o un genio capaz de ascender a la cumbre de lo épico?

Don Daniel (lo llamo ahora así porque ya estoy perplejo cuando pienso en su edad), don Daniel cree que en una sociedad como la de la "República Restaurada" (1867-76) existía una relación entre el número de pepenadores y de leñadores, por un lado, y el grado de tecnificación de una fábrica textil. He aquí cómo formula el autor (II, Pág. 33), esta singularísima tesis: "Había, en verdad, fábricas textiles, como "El Aguila", en que llegó a concentrarse todo un ejército proletario; pero insistimos, aun esas verdaderas fábricas estaban montadas por necesidad, en un trabajo manual abrumador, como lo indican (sic) los 8,000 pepenadores de desperdicios de papel y los 850 leñadores al servicio de las fábricas de papel del D. F."

En este caso, la falsedad ingenua de la tesis, nace de la incongruencia con que don Daniel usa los datos, pues no sabe que la relación que él establece es fruto de su mente y no de la realidad económica y social, ya que en México, como en todos los países cuya historia económica se ha estudiado, la industria que primero se maquinizó fué la de hilados y tejidos de algodón, en tanto que la "pepe-

na" en los muladares todavía se hace manualmente en los países más adelantados del mundo, y con el corte de madera sucede casi lo mismo.

¿Quiere don Daniel más pruebas de incongruencia? Si las quiere se las daremos en próximo artículo, y no sólo de incongruencia, porque su obra es un mosaico en que se intercala, sin orden ni concierto, la verdad con el error.